

El Soldado

El soldado entro en la cabaña y me miro durante varios minutos. No pronuncio palabra. Yo tampoco. Ambos estábamos visiblemente agotados. Intuitivamente sabíamos que no hablábamos la misma lengua. Por su aspecto pensé que debía ser alemán, o centro europeo, pero el cansancio me impedía pensar con claridad. Cerré los ojos y caí en un sueño profundo. No se cuantas horas pasaron. Al despertarme el soldado me miraba desde un rincón apenas visible gracias a un rayo de luz que se las arreglo para pasar entre las maderas que cubrían las paredes casi en ruines. Pensé que mi huésped debía llamarse Hans. Un nombre alemán. Fácil. Simple. Si en ese momento Hans decidiera eliminarme, me haría un gran favor. Yo no podía recordar como llegue a este lugar y mucho menos tenia energías para imaginar cualquier

forma de futuro. Tal vez un fuerte golpe en mi cabeza había borrado muchas cosas de mi memoria. Mejor así, pensé. Hans jugaba con un revolver, siempre con su mirada concentrada en mi figura, seguramente lamentable. Mis ropas estaban sucias como si hubiera atravesado un bosque salvaje. Solo una cosa me ataba aun a la vida: una sensación de hambre me quemaba el estomago. Me pregunte si Hans sentiría la misma angustia. Pero no encontré la energía de decir palabra. Algo me decía que estábamos en las mismas condiciones. ¿Pero, quien sabe? Me enviaría Hans al paraíso con su revolver o decidiría decir algo. Un silencio cada vez más denso llenaba el espacio extraño en que dos desconocidos se habían encontrado. Por azar. ¿Por azar? Seguramente. Cerré los ojos y pedí a no se quien que mis días se terminaran de golpe. En ese momento la muerte me pareció un hermoso

regalo. Pero no por mucho tiempo. Una curiosidad animal se apodero de mi cerebro enfermo. ¿Quién era Hans? Porque no, un amigo, un ser protector que el destino me había enviado. ¿Y quien era yo para Hans? Yo no tenía nada que ofrecer. La capacidad de soñar había abandonado mi cuerpo. Un cuerpo que yo no podía reconocer. Pero Hans no me miraba. Yo no existía. Su mente parecía haber partido en una dirección desconocida. Tal vez una historia a dos que termino mal. Tal vez una guerra perdida. Después de todo Hans era un soldado. Y eso para mi no significaba nada comprensible. Como no era comprensible el hecho de encontrarme en este rincón oscuro, sin fuerzas ni ilusión. Si al menos este hombre me mirara yo podría existir. Pero su fría indiferencia me llevaba suavemente hacia una muerte segura. Solo que la idea de terminar así, sin pena ni gloria comenzaba a darme

ganas de seguir respirando unos minutos más. De pronto Hans me miro. Y entonces todo cambio. Era claro que yo existía. Tal vez de otra forma, como una sombra de una vida que se había escapado de mi boca dejándome otro cuerpo, otro tiempo, sin tiempo. Pero ahora Hans fijaba sus ojos en mí, fríamente, amenazante. Yo debía hacer un gesto de defensa. O tratar de decir algo. ¿Pero en que idioma? ¿Qué idioma hablaba Hans? Con una energía que me salio de un rincón del alma, moví los labios y dije, mirando los ojos de Hans. ¿Quién es usted? Un silencio que me pareció un siglo apretaba mi pobre cuello bañado en transpiración. Tal vez era el miedo. Seguramente el pánico de sentir una esperanza. Hans me miraba desde un lugar indescifrable. Finalmente el rostro de Hans se volvió casi humano. Su boca dijo algo que yo no entendí. Pero Hans había dicho algo. Me había

dicho algo a mí. Entonces era posible: yo existía. El fin no había llegado aun. Sentí deseos de entender su lenguaje extraño. Pensé en ciertas canciones que yo cantaba cuando era adolescente. La música giraba en mi cabeza donde se mezclaba el placer y el dolor. Y el miedo. Miedo del desprecio que mi presencia podría provocar en este hombre que parecía conservar una cierta energía. Una especie de vida que yo había perdido. Pero atención, ahora otra forma de vida se apoderaba de todo mi ser. Tal vez yo lograría hablar con Hans.